J. P. Zooey

MANIJA

Adj. maníaco, sediento, acelerado, ansioso, o simplemente con ganas de más y más.



Agradezco a Paula Sosa Holt la *playlist* para Má

“Hola, hola, hola, ¿estás deprimido?”, dijo mi amigo Cato por un chat. “Tengo sueño y está por llegar una chica que conocí en Tinder”, dije. “Qué bueno que esté todo en orden jaja”. “No, jaja, sí”, dije. “Deciles a Maruja y a su amiga que disfruten de cada lugar al que vayan, que compartan muchas fotos y que me gustaría hablar con todas”, dijo Cato y me puso un corazón así <3. “No conozco ninguna Maruja”, le respondí. “Hola, ¿Teo?”, siguió Cato al rato porque hablaba con varios otros a la vez y olvidaba el hilo de la conversación, “soy Cata, ahora le pregunto a Danila si también puede, a nosotras nos encantaría, te extrañamos”, a veces hablaba como una mujer: Cato decía ser “Cata” y decía “nosotras” porque también tenía perfiles en redes como mujer que abría en varias ventanas a la vez. “A ver si vienen todas para casa”, le propuse. “¡Epa!”, dijo Cato.

“A la comida de Sarkis le ponen alguna droga”, dijo Agustín por otro chat. “¿Por qué lo decís?”, le pregunté. “Porque las veces que uno va, uno habla tan bien mientras come…, dice cosas largas…, como si hiciera soliloquios”, dijo Agustín. “Sí, bah, no sé, no, no sé”, dije yo, “no me gusta analizar tanto las cosas”.

“Es que si no le ponen droga, no se entiende cómo es que juntan a tantas personas afuera, esperando para entrar a comer, y abuelitos parados que sólo les falta ponerse a elongar”. “Es éxito”, dije, “como la sílaba Mac”.

“No hay nada que romper”, le dije a Nico por otro chat, “nos dejaron un mundo sin nada que romper”. “Si te encontraras con Nostradamus, ¿qué le dirías?”, preguntó Nico. “Le preguntaría si alguna vez vamos a habitar el espacio”. “Ah”, dijo Nico. “¿Viste que la canción ‘De frente’ de El robot bajo el agua se parece al comienzo de ‘I Just call to say i love you’ de Stevie Wonder?”, me dijo después. “No… creo que no”, le respondí. Nico era la única amiga mujer que yo tenía. “Mi novia me dijo que la medida justa del chocolate Águila es una barrita”, dijo Nico, “a mí me pareció egoísta, porque para mí la medida justa serían dos barritas. ¡Dos! El sistema heteropatriarcal piensa en mono, orangutanes individualistas… ¿A vos qué te parece?”, me preguntó. “Yo no sé, a mí me gusta el chocolate blanco”, respondí. “¿Vos tenés novia, novio o novie?”, me preguntó Nico. “No, bah, tengo una muñeca de trapo, y cuando me canso de todo le doy besos libidinosos y decadentes”, dije. “¿Y por qué no tenés pareja?”, insistió Nico. “No sé, jajaja, pero estoy esperando a una chica de Tinder”, respondí.

Justo entonces Rocío tocó el timbre.

“Vimos un video en YouTube, ‘Los ataques de tiburones más brutales’, comiendo pizza de Angelín, de la canchera, lo vimos varias veces, a ella le brillaban los ojitos verdes con cada mordida como dos luces titilantes”, le dije por el chat a mi coach emocional al día siguiente. “También quiso ver un video sobre una pitón trituradora que todavía tenía un hombre entero en su cuerpo cuando la abrieron los campesinos de África”, dije. “Teo…”, me interrumpió el coach con puntos suspensivos y todo, como advirtiéndome que iba a decir algo importante. “¡Yes, coach!”, escribí. “¿Y no sé te ocurrió proponerle a Rocío ver videos de gatitos?”. “No, ella quería ver animales peligrosos, de los que pueden comer hombres”. “Mmmm…”, dijo mi coach y ya no escribió más. Pero puso una carita así :), como hacía siempre después de escribir “Mmmm….”.

“Me tatué en la nuca la portada del Álbum Blanco, de los Beatles”, me dijo Cato por otra ventana del chat. “¿Hay tinta blanca para tatuajes?”, le dije. “Sí, jaja, yo también estoy acá, ¡qué boluda!”, dijo Cato, posiblemente respondiéndole a otro contacto. “El Álbum Blanco, re Kazemir Malévich”, dije. “¿Qué?”, preguntó Cato. “Kazemir Malévich hizo un cuadrado negro y vos te tatuaste un cuadrado blanco”, dije y puse una cara así :P. “Impresionante. Comparto”, dijo Cato. “¿Qué tal te salió la bagna cauda anoche?”, preguntó después. Cato creía que yo siempre comía bagna cauda porque una vez

había publicado una foto de una bagna cauda en Instagram, que había cocinado para otra chica de Tinder, de eso sí se acordaba. Yo le respondí: "Comimos pizza canchera en Angelín", le dije. "Jajaja, qué raro, jajaja, Stranger Things, te dejoooo", dijo.

Yo quería seguir contándole a mi coach emocional el encuentro con Rocío de anoche porque habían pasado cosas raras, pero apareció Agustín en otra ventana del chat.

"Escuchá Teo, vas a flashear con esto, ¿viste que al café de Varela Varelita le ponen droga?", me dijo. "Sí, si no, no se entendería porqué se llena de hipsters que toman café los viernes a la noche", respondí, por seguirle el juego. "Jajaja, sí, bueno, es tu modo de ver…Pero mirá: tengo una amiga muy fan de las historietas que anoche me contó que vio una dibujante comiendo una pasta frola con un café. Pero no le pidió un autógrafo, grabó una historia en Instagram y le hizo firmar con el dedo sobre la pantalla del teléfono. Pero ella no firmó, le dibujó un gatito sobre la pantalla". "Pero las historias de Instagram a las veinticuatro horas te las borran", dije. "Por eso, ¿pero qué son veinticuatro horas?", dijo Agustín. "No sé", dije y veía que las cosas se iban a complejizar. "Todo", dijo Agustín, "veinticuatro horas hoy son ciclos históricos, como el medieval o el moderno, que antes duraban siglos…", y él mismo agregó "¡wow!". "Sí", dije, "ya vengo". Yo quería ver si estaba conectado mi coach emocional.

Pero no estaba conectado.

"Ayer", dijo mi amiga Nico, "en una clase en el laboratorio de la Facultad de Medicina me tocó mirar por un microscopio". "¿Qué viste?", le pregunté. "Sangre púrpura tirando a violeta, para mí que era sangre menstrual". "¿Y qué tuviste qué hacer?", le pregunté. "Evaluarla para una clase. Y en el informe escribí: 'Es preciosa y me dan ganas de olerla y chuparla'". "Creo que vamos a tener que empezar a hacer cosas así", dije. Nico contó que el profesor le había reprobado el Trabajo Práctico. "Un facho", sentencié. "Sí, pero ¿sabés qué me dijo mi novia? Dijo: 'Una es la que ha podido ser'". "Me encanta", dije y vi que apareció mi coach conectado.

"Hola, coach", le escribí. "Abrite Teo, tengo un té", dijo y eso significaba que me daba un turno extendido por el chat. "¡Leo eso y lloro de la emoción!", confesé. "Adelante", dijo el coach. "Después de mirar los videos en YouTube de los ataques de tiburones y de la serpiente pitón que había comido un hombre, ella quiso dormir porque dormir después de ver esos videos carnívoros le hacía soñar cosas lindas, así que dormimos, pero con la ropa puesta, no nos emocionamos ni nada", dije y el coach me puso una carita así :(. "¿Se dijeron buenas noches?", preguntó. "No, pero la historia sigue. Al rato me desperté y estaba solo en la cama. En la computadora llovía. ¿Se entiende? Rocío había puesto un video en YouTube donde llovía incesantemente sobre

un jardín selvático y duraba treinta y dos minutos. Pero igual escuché ruidos que venían de la cocina y fui a buscarla. Estaba en cuclillas, encorvada como un animal. Y con mi cuchillo de cerámica que corta como una hoja de afeitar rebanaba un pedazo de carne cruda tirado sobre los cerámicos. Después se lo metió en la boca. Vi que le colgaba de los labios. Hizo un movimiento con la cabeza, como un tirón hacia atrás para engullir, y tragó". "¿Lo sabe alguien más?", preguntó el coach. "No, pero hay más. Después de haber tragado giró la cabeza y me vio mirándola desde la puerta de la cocina, entonces dijo: 'No te burles de mí'. Se paró y me enfrentó. El cuchillo se balanceaba en su mano. Justo por el filo rodaba una gota de sangre de vaca que hacia la mitad de la hoja se dividió en dos como si se reprodujera. Primero cayó una mitad, después la otra, se esparcieron y se encimaron fundiéndose sobre el piso", dije. "Teo", dijo el coach, "dijiste 'se esparcieron y se encimaron fundiéndose…', es bueno que puedas describir así, tan refinado". "Rocío soltó el cuchillo, que se quebró contra el piso. Las diminutas partículas de la hoja de cerámica estallaron en una estampida que nos rozó los tobillos y la parte baja de las piernas dejándonos como rastro arañazos de cardos de cerámica blanca. Rocío rompió en llanto y corrió para abrazarme", dije. El coach me preguntó cómo había reaccionado yo. Y le dije que la abracé. "La abracé, coach, y ella misma dijo 'no

es nada, no es nada, estoy bien'. Entonces yo le respondí 'Cuando comas con cubiertos cosas cocidas las cosas van a estar mucho mejor'. 'De una', dijo ella y miró de soslayo el resto de carne cruda sobre los cerámicos del piso de la cocina".

"¿Lo sabe alguien más?", preguntó el coach emocional. "No", dije. Y seguí: "El primer video en YouTube sobre comer carne cruda y sus peligros lo vimos a las dos de la mañana con las piernas entrelazadas y pintadas por antiséptico color óxido". "¿Todo bien?", dijo el coach. "El último video lo vimos a las tres: un adolescente mexicano molía chiles sobre carne picada, hacia pequeñas bolitas como pastillas y las tragaba con tequila, tenía 1.065.003 visitas". "¿Hablaban?", preguntó el coach. "Sí", dije, "Rocío decía '¡Qué emoción! ¿No es raro?'". "Y yo, mientras el mexicano comía las bolitas de carne cruda, decía: 'Me interesa'". "Que una pareja dialogue es saludable", dijo el coach, siempre tan centrado.

"Después la encontré en el baño tomando agua de la pileta como un caballo. La luz ligeramente parpadeante de la televisión sintonizada en YouTube llegaba hasta ella (esa luz azul metalizada), y bañaba el cuerpo desnudo de Rocío que no paraba de tomar agua como un caballo, parecía un holograma", le dije al coach. "Teo", me detuvo, "dijiste ´la luz ligeramente parpadeante', es bueno que puedas describir así, graciosamente". "¡Gracias, coach!

Lo intento. Después prendí la ducha y nos metimos a oscuras. Bah, con la luz ligeramente parpadeante de la televisión. Entonces, mirándonos con ese tono azul, micro titilante, le dije a Rocío: 'la luz está en cualquiera'". "¿Y ella te supo interpretar?", preguntó el coach. "Dijo: 'Ya sé, ya sé, ¿podés callarte un poquito y darme el jabón?' Pero el jabón cayó y se balanceó entre los bordes curvos de la bañadera dejando una pátina babosa". "Eso es peligroso, Teo. ¿Lo advirtieron?", dijo el coach. "Más o menos sí. Yo tengo patas de rana para bañarme, desde chico, me enseñó mamá, así que no resbalo, y Rocío se agarraba de mi antebrazo". "¡Ah! ¡Bien!", se emocionó el coach. "'Dame un abrazo fuerte', dijo Rocío y saltó sobre mí, se colgó de mi cadera, clavó sus talones en mis nalgas y pataleó. Entonces gritó: '¡Ahora estoy tranquila!', y rio con la boca tan abierta que le vi un pedacito de carne cruda entre las muelas. 'Dame un abrazo fuerte', dijo todavía colgada de mí, 'más fuerte', y se lo di". "¿Qué te causó ver el trozo de carne cruda en su boca?", preguntó el coach. "Nada", dije. "Teo…", dijo como cuando no creía en mis palabras. "Me dio ganas de trepar acantilados de calcio", le dije al coach. "Mmmm…", dijo y puso su carita así :), "¡qué aventurero!". "Entonces, bien abrazados, con sus talones clavados en mis nalgas como una jinete en un caballo, Rocío me preguntó por mi nombre otra vez". "¿Y qué le dijiste?", preguntó el coach. "Mi nombre", respondí.

“Que es…”, dijo el coach. “Teo”, respondí. “Bien, Teo”, dijo el coach, “Teo, seguí si querés, Teo”, dijo el coach que tenía hasta cincuenta comandados por semana y a todos nos atendía gratuitamente, así que a veces se le mezclaban los nombres y las historias aunque estuvieran en su pantalla.

“Por la ventana del baño ya entraba la primera luz rosa del amanecer y devoraba la luz ligeramente parpadeante del televisor. Nos enjabonamos en silencio. Pero después Rocío, limpiándose el antiséptico de los tobillos y las pantorrillas, dijo: ‘Nos conocemos poco. Y cada vez me vas a conocer menos. Porque mi cerebro es impenetrable’. ‘Sí, sí, sólo espero que estés hecha con amor’, dije y ella estalló de risa. Se arrodilló, me puso de cara a la pared de la ducha, y me metió su lengua en el ano durante cinco minutos o tal vez menos o algo así pero ¡wow!”, le confesé al coach. “¿Te quitaste las patas de rana?”, preguntó el coach. “No”, dije. Entonces el coach me puso un pulgar para arriba que era el modo que tenía de terminar los entrenamientos.

Unas horas después la vi conectada.

“¡Hola!”, dije y le puse un corazón así <3. “Tuve que tomarme un taxi porque no encontré la tarjeta SUBE”, dijo Rocío que se había ido de mi casa hoy por la mañana. “Y encima me llamaron desde un número desconocido”. “¿Atendiste?”, pregunté. “En el llamado mil, hace cinco minutos, era una encuesta de no sé quién”. “A mí me hacen siempre, quieren

saber qué estoy pensando, lo llaman Facebook". Rocío dijo: "Juasss". "¿Qué te preguntaron?", dije. "Me preguntaron: ¿A qué le teme? Y dije: a la anestesia. ¿Y qué quisiera sentir? Y dije: algo".

Unos días después volví a encontrarme con Rocío y cuando se fue necesité la asistencia del coach.

"Probó los ravioles y no les sintió el gusto", le dije al coach. "No sentía nada. Me preguntó de qué eran. Y yo le dije de verdura, y ella dijo: 'Sí, más vale'. Pero después le dije de pollo, y dijo que ahora sí tenía sentido". "¿Y de qué eran?", me preguntó el coach. "No sé", dije. "No tengo tiempo, Teo", dijo el coach y cerró el chat.

Cato apareció.

"¿Hola? ¿Hola? ¿Estás vegetando?", dijo. "Estoy deprimido", respondí. "Jaaaa! eso es otra cosa… Mirá esta foto: me exploté un grano grande como una mandarina y está por salir de ahí dentro un alienígena. Tengo 4996 amigos en Facebook y no tengo una curita", dijo Cato. "Comprala", dije. "Jeje… Sos ocurrente, estás deprimido pero no se te nota", dijo Cato. "No tengo tus vinilos", me avisó después, "los busqué como loco y no están ni en mi pieza, ni en el patio, ni en el cuarto de mi roommate, ni en la casa de mi vieja". "¿Qué vinilos?", pregunté. "No dije nadaaaa…", dijo Cato, "besis y chauchis".

Yo quería que volviera a aparecer el coach, lo que había pasado después con Rocío me preocupaba, pero apareció Agustín.

“Escuchá esto. Ayer en Varela Varelita, además de las chicas que dibujan, y bastante gente más, estaba Fiodor Dostoievski con su novia”, dijo Agustín. “Nooo…”, le dije. “Sí, así le digo, Fiodor Dostoievski”, dijo Agustín, “se la pasan leyendo rusos, clásicos, él tiene una barba larga y anteojos negros, ella ojos azules y un abanico amarillo, siempre discuten”. “¿Y vos qué hacías?”, pregunté. “Escuchaba”, dijo Agustín, “ella le reprochaba que en el taller literario él había estado demasiado elocuente, que lo había hecho para seducir a la profesora. Pero justo el mozo le trajo a ella un café con un corazón dibujado en la espuma y la discusión se disolvió”. “El mozo una vez me dibujó dos tetas y la espuma de la leche me quedó en la nariz”, dije. “Después la novia de Fiodor Dostoievski pareció acordarse de una frase de un cuento que él había llevado al taller: ‘las bellas doncellas de Palermo’, y se cagó de risa y tosió, y una gotita de su saliva cayó sobre un lente de Fiodor Dostoievski, que se sacó los anteojos y los limpió despacio, con la parte de debajo de la camisa celeste, franeleándolos en círculos como si los calmara”. “¡Qué salvaje esa pelea!”, dije. “Muy”, dijo Agustín, “y no hablaron más hasta que se fueron”. “Y quizás no hablaron más hasta llegar a sus casas y conectarse por el chat”, dije. “Pero antes de irse del Varela Varelita”, dijo él, “hicieron la cuenta de lo que habían consumido y fueron poniendo billetes como si fueran cartas de truco, uno cada uno.

Ella se dio cuenta y dijo: 'Quiero vale cuatro'. Él se rascó la frente y se paró para irse como si alguien hubiera arrancado la última página de la novela que estaba leyendo".

"Hola, Teo", dijo Nico por otra ventana del chat. "Hola, Nico", dije yo. "Estoy podrida. En las redes hay una tribu de indignades, bah, no sé si son una tribu porque no andan en grupo, son como lobos solitarios", dijo Nico. "Sí, se indignan porque el mundo es mediocre y suben cosas que prueban que su indignación es justa", dije. "Son cazadores de pantallas", dijo Nico, "capturan pantallas y las muestran". "Como piezas de caza", dije. "Me voy a suicidar. Nos vemos en el juego de la copa", dijo Nico y se fue del chat.

"¡Ah! Pará", dijo Agustín que volvió a aparecer. "Olvidé contarte algo que te va a hacer flashear. Ayer, después de muchas horas de estar mirando la computadora, levanté la vista del monitor, miré el muro, y me sentí realmente solo. ¿Lo sentiste alguna vez?", dijo Agustín. "¿Qué MURO?", dije. "La pared blanca de mi habitación, me sentí solo como si hubiera enviudado". "Sí, sí, sí", dije, "mierda, es un golazo, yo nunca voy a poder enviudar, me voy a casar con mi muñeca de trapo y me voy a morir con ella, mis tripas abrigadas por su lana", dije. "Entonces me sentí muy solo, me encerré en el baño", dijo Agustín, "y puse Spotify en mi parlante portátil para

escuchar ‘Soused’ de Scott Walker. Y busqué en el botiquín y le robé una droga a mi mamá, no sé bien qué era, creo que era Alprazolam, pero al rato me dio sueño y me quedé dormido en el inodoro con la puerta trabada. En un momento me despertó mi mamá a los golpes y abrí, me quiso abrazar pero me escabullí y me acosté en su cama y ya no me sentí nada solo. ¿Alguna vez te pasó?”, me preguntó Agustín. “No…”, dije pero no estaba seguro de que no me hubiera pasado algo parecido, intentaba entender. Entonces apoyé la frente en el teclado de la notebook y salió: “jhnjkonjhug”. Le pregunté a Agustín si conocía a la asiática que subía a Instagram videos en los que mostraba cómo hundía su cara en panes, bizcochuelos, magdalenas gigantes y todo tipo de esponjas porosas basadas en harinas para relajarse. “Sí, sí”, dijo Agustín, “su cuenta se llama breadfaceblog. Una vez con mi mamá preparamos dos bizcochuelos de vainilla y aplastamos nuestras caras contra eso, pero no fue tan divertido como parecía viendo a la asiática”. “Yo lo hago con el teclado cuando me siento triste”, dije, “a veces hundo mi frente en las teclas, me masajeo la frente, y las siento aplastarse, bajar y subir y quedan palabras así: ‘ghnjyuyj6vfgdgvynjhm’, que las leo como esencias de mi dolor”. “nbnmj”, respondió mi gran amigo Agustín.

Justo entonces apareció conectado el coach.

“¡Hola, coach!”, dije, “¿cómo está?”, le pregunté. “Eso no tiene importancia en este momento”, dijo el coach. “Adelante, abrite Teo, tengo un té”. “¡Yes, coach!”, dije listo para desahogarme.

“Rocío llegó a mi casa con una bolsita de plástico transparente y gruesa llena de agua que contenía dos peces, uno negro y otro blanco. ‘Son carassius’, dijo Rocío. ‘Los compré en un acuario de Cabrera y Gallo, no costaron casi nada, no dividamos, son un regalo’, dijo todavía en el pasillo, sin haber entrado ni dádome un beso, ‘si total vos compraste los ravioles’. Era cierto, yo había comprado dos planchas de ravioles de no sé qué y me habían costado un día de trabajo en la librería del shopping”, dije al coach. “Teo…”, dijo el coach, “dijiste ‘dádome’, esa palabra no existe, deberíamos detenernos ahí”. “Está bien, coach”. “¿Por qué la usaste?”, preguntó. “Quise decir que Rocío me hablaba de peces y plata sin haberme dado (‘dádome’) un beso”, aclaré. “Está bien, pero no la uses más. Te hace parecer idiota y pretencioso”. “Bueno”, dije. Yo quería seguir contando lo que había pasado porque era rarísimo.

“Entonces me dio un piquito rápido, entró y puso los dos peces en un pote grande que encontró en mi alacena. Era una compotera que me había regalado mi abuela cuando mi otra abuela me prestó el departamento donde vivo. Una compotera de vidrio color aguamarina que yo nunca había usado salvo para ponerle agua, tirar aspirinas y ver, a lo

largo de varios días, cómo formaban bosques de corales blancos y analgésicos", dije. El coach preguntó: "¿Te gusta Daniel Melero?". "Bastante", dije. "Tomo nota", dijo. Y entonces seguí: "Pero ahora la compotera estaba vacía. Rocío hizo un agujero en la parte de abajo de la bolsa y los peces cayeron por el agujero con una vertiente de agua curvándose en el aire y brillando como cristal murano vivo y transparente. Entonces sacó de un bolsillo de la campera una bolsita negra, parecía una versión enana de una bolsa de consorcio sellada, la abrió con los dientes y tiró una pisquita del contenido en la compotera, era un polvo blanco que se disolvió en el agua con los peces. '¿Qué es?', le pregunté. Y ella dijo: 'Cocaína, no les va a hacer mal ni quieras, nosotros tenemos los ravioles'. Entonces nos aturdió algo que hizo masa con el aire de nuestros pulmones y suspiramos, sería el destino".

"Coach, ¿sigue ahí?", pregunté después de un rato. "Sí, me caí de la silla", dijo. "Esaaaa….", dije, "lo felicito por el compromiso y la coherencia, ¿se cayó cuando le conté que suspiramos? ¿Se filmó o alguien lo filmó?". "Continuá, por favor, Teo. Esperá un minuto", dijo, después de un minuto repitió, "continuá". "Después de comer los ravioles que ella no supo decodificar nos quedamos con hambre. Fuimos a la heladera para buscar las porciones de mozarela de la pizzería Angelín que habían sobrado de la otra vez, y nos servimos dos vasos de soda